

La foto de Dios

Julio González

Miembro del Instituto E. Mounier
y del Consejo de Redacción de Acontecimiento.

Siempre he sido aficionado a la vena teológica con que a veces nos sorprenden Máximo y El Roto. Junto a su mirada aguda hacia lo político y social, a menudo ofrecen dibujos que son, en la sencillez de sus rasgos negros sobre el blanco sucio del papel del periódico, auténticos tratados de teología.

Una imagen vale más que mil palabras. Con mayor razón, cuando se trata de decir algo sobre Dios. Ante el Innombrable, sólo cabe el silencio de los místicos, los balbuceos teológicos o el gesto genial del creador de imágenes.

No hacía mucho que Máximo nos había presentado su esperada serie de dibujos con motivo de la Semana Santa, cuando se conoció la lista de los premios Pulitzer de este año. Del dedicado a fotografía pudimos no sólo saber el nombre del ganador, sino también ver su obra premiada. No recuerdo el nombre del reportero gráfico, pero nunca olvidaré la foto: una niña esquelética, víctima de la hambruna, hinca sus rodillas en tierra, desfallecida; su mirada no dice nada y lo dice todo; detrás, un buitres espera para arrebatar algo de cuerpo tan disminuido.

Me contaron que el autor de la instantánea fue entrevistado en televisión sobre su experiencia. Se refirió a su impotencia y a su obligación profesional. La niña

no tenía salvación; había que salvar la imagen.

Ante esa imagen, vuelve la pregunta: «¿dónde está Dios?» Y la respuesta se me impone: «Dios es esa niña que está muriendo». Nuestro premiado fotógrafo, sin saberlo, ha captado el rostro de Dios. Nos ha dado una instantánea horrible del Dios que muere en la más absoluta soledad, ajeno a cualquier gesto solidario. En sus últimos momentos sólo le acompaña la impotencia y la profesionalidad de un fotógrafo y la esperanza de un buitres.

En muchos lugares de nuestro dolorido mundo podemos encontrar, si fuésemos captores de imágenes, instantáneas de Dios. En Gorazde, en Ruanda, en los suburbios de Río, en Tailandia...; también en nuestras calles. Y con mil rostros: el del niño víctima de malos tratos, el de la prostituta fusilada por tener el sida, el de la familia condenada a vagar en busca de sustento, el del herido rematado por una granada...

El Dios encarnado confunde su misterio con el misterio del ser humano, de cada ser humano. Ata su destino al destino del hombre, y así queda a merced de la iniquidad humana. A merced de las miradas «impotentes» (?) y «profesionales» (!) de quienes asistimos al espectáculo del mal y del dolor que nos presentan los medios, ignorando que también

somos protagonistas de lo que vemos. Si no somos víctimas, somos verdugos; al final, somos verdugos. Nos quieren hacer creer que podemos ser sólo espectadores; nos creemos, efectivamente, que sólo somos espectadores. Alegamos también impotencia y profesionalidad: nada podemos hacer, salvo recibir el trabajo de los captores de imágenes y aplaudir su labor.

No es verdad. En nuestro mundo no caben espectadores. Sólo hay víctimas o verdugos. Los seres humanos estamos unidos por misteriosas redes de solidaridad que hacen que nada humano nos pueda ser ajeno, que suframos con los que sufren o matemos con los que matan.

Ese Dios que es una niña ansiada sólo por un buitres, que revela especialmente su rostro en el inocente que sufre, reclama adoración, reclama compromiso, reclama oración.

¿Qué habría pasado si nuestro fotógrafo hubiese olvidado su impotencia y su profesionalidad? No habría ganado el Pulitzer; no tendríamos una imagen horrible impresa en los periódicos. Seguramente, él habría dejado su cámara y la niña tendría otra compañía que no fuese el buitres. Dios habría resucitado entonces.

Supongo que estoy soñando otra vez. ¿Romper con mi impotencia y mi profesionalidad? ¡Casi

DÍA A DÍA

nada! Ser un nuevo Nicodemo y nacer de nuevo. Abrazar la verdadera religión revelada por Cristo, del Dios que vive y muere –¡y espera resucitar!– en cada ser humano.

Ésta es la piedra de toque en la que todos tropezamos. En la que especialmente tropiezan las religiones establecidas, particularmente las iglesias cristianas. Su principal tarea es romper con el hechizo de nuestro tiempo, de nuestra cultura de la imagen, que nos ilusiona haciéndonos creer que podemos ser sólo espectadores de nuestro mundo. En el gran teatro del mundo no hay espectadores. **A**



Vincent Van Gogh, *Campo de trigo con carros volando* (fragmento).